



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9586

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SÁBADO 14 DE OCTUBRE DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

HERNIAS

(VULGO QUEBRADURAS)

Curación pronta y radical de las mismas ya sean inguinales, umbilicales ó clurales por crónicas que sean y en todas las edades y sexos con el procedimiento del Dr. Sabdival.

Ningún enfermo sugeto á nuestro tratamiento ha dejado de curarse, necesitando sólo de 3 á 4 meses los niños hasta la edad de 14 años y de poco tiempo más las personas mayores.

El Dr. Sabdival llegará el 25, permaneciendo en esta ciudad hasta el 28, alojándose en el Hotel Francés, donde podrán consultarle de 10 de la mañana á 4 de la tarde.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPañIA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio social: MADRID, CALLE DE CLÓZAGA, n.º 1 (Paseo de Recoletos.)

GARANTIAS

Capital social efectivo... Pesetas	12.000.000
Primas y reservas.....	40.697.980
Total.....	52.697.980

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía nacional contrata seguros contra los riesgos de incendios.

El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 48.301.575,53.

Dirigirse á los Subdirectores Sres. Viuda de Soro y C.ª, Plaza de los Caballos, 15.

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera, Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

Para los agricultores.

Prensas de palancas múltiples para vino.—Tijeras para vendimiar.—Id. para podar.—Máquinas para desgranar panizo.—Id. para taponar botellas.—Id. para limpiar id.—Id. para picar y embutir carnes.—Horcas de acero.—Azadas, legones y rastros de id.—Inertadores.—Filtros para vinos y licores.—Agotadores para botellas.—Cepillos, cadenas, les-piches, etc. para bocoyes.—Bombas de trasiego y otras.—Armarios especiales para botellas.—Cestas ídem para ídem.—Arados de vertedera fija y movable.—Embudos automáticos.—Mobiliario para jardines.—Carretillas para sacos.—Espino artificial para cercas.—Jarrones, macetas, balaustres etc.—Básculas sin numeración.—Via estrecha para trasportar frutas.—Wagoncitos, plataformas, etc.

De venta en el MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.
PIDANSE CATÁLOGOS Y DIBUJOS.

LA DIVISA.

(Colaboración inédita.)

I.

Andrea amaba á su marido; no cubía duda alguna sobre el particular.

Cierto que cuando Andrea se casó, Carlos su marido tenía mala fama; había sido héroe de garitos, alegre, bebedor y amigo de mujeres; un calavera, en fin, pródigo y aturdido; cosas disculpables, no obstante, en un joven noble y rico.

Nobleza obliga. Tenían dos hijos, dos criaturitas pálidas, cuyas car-

nes rara vez se coloreaban á punto de contrastar su matiz sonrosado



con la blancura de las sayas y las blondas de sus vestidos; sus voces siempre eran agudas y débiles y afligía á aquellos pobres niños una constante irritabilidad nerviosa; dos seres enfermizos, dos chiquitines delgaditos que miraban con tristeza y sonreían con melancólica expresión como si les pareciese todo indiferente en un mundo del que no habían de gozar por muchos años.

Ni los específicos de botica, ni el sol, ni el aire, ni el mar les daría por completo el necesario vigor para la vida.

¡Solo el amor de la madre, solo ésta podría prestarles con su corazón el fuego y la energía.

Había en sus hijos una brasita vital que el aliento del amor acrecentaba, prestando saludables colores á aquellas mustias mejillas, resistencia y potencia á los músculos, sensibilidad á los nervios, pensamiento al cerebro.

Por lo mismo que tal era su fé y tales sus amorosas esperanzas sentía un profundo miedo al pensar

que ella y sus hijos se hallaban á merced de Carlos, el cual no se había recogido de sus antiguas locuras.

No se había corregido, ella lo sospechaba así; más aun; casi tenía de ello una probada certeza.

Sin embargo, pocos días antes de aquel en que Andrea hubo de atormentar su ánimo con las referidas sospechas había recibido una prueba de cariño y de estimación por parte de Carlos

Salieron juntos en el carruaje; Carlos muy contento y muy orgulloso apareció con ella en público mostrándose como un marido emocionado. Fueron á los toros. No solo rindió Carlos su indiferencia á los pies de Andrea sino que además ésta tuvo ocasión de recibir otro inesperado alhago á su vanidad de mujer.

—¡Calla! —dijo Carlos en cuanto se hallaron en el palco.

Si, no hay duda; es á tí á quien saluda el diestro.

—¿Qué diestro?—preguntó Andrea.

—Paco el *Brioso*.

—¡Ah! ¿Paco el *Brioso*? —replicó Andrea.—¿Dónde está?—interrogó mirando sonriente al redondel y saludando á su vez á un joven torero lujosamente engalanado.

—¿Le conocías?—preguntó Carlos—porque he de decirte que es grande amigo mio.

—Si, le conocía; le había conocido cuando era soltera y aun se hallaba en Sevilla.

Andrea por entonces hubo de ir con su padre á ver un cortijo donde hallaron al torero.

Andrea era muy jovencilla por dicha época y el *Brioso* un chavalillo, alto, delgado, con ligero bozo.

Andrea hizo una detallada descripción y parecía recordar con gozo aquellos tiempos.

—Aun me parece ver al pobre muchacho en el momento en que me prestó su caballo para que yo pasease por el cortijo.

—Ni á la misma reina, señorita, le dejaba yo mi jaca con más gloria—me dijo con mucha galantería.

Comenzó el espectáculo con la aparición de un arrogante toro negro en cuya piel iba enclavada una bonita divisa roja; el *Brioso* afrontó tranquila, ligera y valerosamente al toro, y exponiéndose con arrojo á la muerte, arrancó la divisa y allegándose hasta el palco donde estaban Carlos y Andrea, ofreció-sela á ésta en medio de los aplausos del público.



Andrea recibió no sin gozosa gratitud, aquella galante demostración.

Estaba satisfecha, y en cierto modo, compensada del abandono en que hasta entonces, la había tenido su esposo; solo al siguiente día, mirando á sus hijos, sintió el remordimiento de haberles olvidado al entregarse á una frívola y vanidosa complacencia.

Los besó, por esto, sin duda más apasionadamente que nunca.

II.

Algunos días después, tales habían sido las muestras de afecto que Carlos había dado á su mujer, y por manera singular contrastaban con la conducta de indiferencia y desapego que hasta entonces había empleado con ella, que Andrea creía ver en todo lo dicho un nuevo ardid de su marido para llevar á cabo una locura, y al fin se convenció al oírle decir que pensaba vender los bienes que les restaban de su cuantiosa fortuna, para realizar un importantísimo negocio. ¡Oh! Del día de su reconciliación, de aquel día de sus últimas ilusiones no la quedaba otro recuerdo que la divisa del torero, coigada de uno de los tapices de su lindo gabinete.

Hallábanse almorzando; Carlos hablaba con afectada seriedad y con tono hipócritamente grave; empleó todos los recursos de su experiencia por convencer á Andrea; les era necesario, según decía el marqués cambiar de conducta; Carlos se enmendaría; con un pequeño capital, producto de la venta de sus bienes y de muchos objetos de lujo, se marcharía al extranjero á dedicarse al trabajo para recuperar del todo la fortuna perdida.

—En tanto—dijo Carlos—tu me harás el gran favor de vivir con decorosa modestia; quisiera llevaros conmigo, pero esto me impediría obrar con entera libertad.



Y Andrea llegó á convencerse.

—Estoy dispuesto á todo—había dicho el marqués—hasta vender á Jak, mi caballo favorito.

Aquella mañana se presentó el *Brioso* en la casa: había sido llamado por Carlos para que pusiese precio al hermoso alazán andalúz del marqués.

El *Brioso* era un arrogante mozo; tenía cierta gravedad y señorío mezclado á un singularísimo arte de modestia al que nada se echaba de ver de torpeza y encogimiento.

Fraseaba de un modo por el cual el vivo gracejo andalúz se ceñía á la discreción más exquisita.

Luego que hubo dado su opinión respecto al caballo del marqués, dijo á este que deseaba pedirle un favor.

El marqués se ofreció á servirle. Andrea oyó algo que hubo de impresionarla de un modo inexplica-

ble; por curiosidad primero, por simpatía después, estuvo atenta á las palabras del *Brioso* cual si la interesasen de un modo directo é inmediato.

—Pues es er caso que ando en danza con er duque de Sirgurán por motivos de un huerto que deseo comprarle.

La familia del torero había poseído en la vega del Genil una casita y un huertecillo; por desgracia se vieron obligados á venderlo todo... y el *Brioso* quería recuperarlo comprándoselo al duque de Sirgurán, su propietario.

—Cuando mi padre se vio perdido era yo un *bigardón*, tumbado al sol durante el día y de *parrandas* y *juergas* por las noches. Yo no sabía sino *gallear* entre los bravos, tocar la *vigüela*, montar á caballo y rejonear toros.

Pero de que *vide* á los pobres viejos hechos una lástima, metime con ánimo en el toreo... y he tenido fortuna y *guita* porque hoy puedo comprarles á los abuelos cuanto necesitan... Y vamos, no quiero entenderme con el administrador para este negocio que he dicho... sino con el señor duque.



—Esto que yo quiero *mercar* para mis *viejecitos*—decía—que por ellos me juego la vida en el mundo, es el *mesmito paraiso* de Dios; la casa donde yo nací; á la vera hay unos árboles que plantó mi *pare* que dan una sombra que es un consuelo bendito. Tiene una parra por encima de la puerta que *paice* mejor que esos palios de *hojalata* que ponen aquí á la entrada de los hoteles. Todas las tardes hará media en el banquillo de piedra mi madre, y estará tan *ricamente* la abuelita. Ya ven ustedes si no es para esto, para qué vive uno y ofrece el *zaco*, exponiéndose á que le haga girones la cuerna de un Miura.

III.

Quando se anunció por las calles la cojida de el *Brioso*, Andrea se conmovió profundamente; y cuando hace muy poco la pobre marquesa recibió en una carta la noticia del desastrado fin de su marido, muerto en París á consecuencia de un desafío por deudas de juego arruinado además por sus liviandades, la carta cayó al suelo...

Andrea había sido villanamente engañada por Carlos.

Entonces retorció sus manos, miró en torno suyo dolorosamente y fijó sus ojos por acaso en el punto de la habitación donde se hallaba colgada la divisa: precipitóse sobre esta y rompiendo á llorar depositó un beso en el disco de raso y oro...